

Los descendientes de Agamenon forzados en Argos, y los de Nestor en la Mesenia se refugiaron, los primeros á Tracia, y los segundos á la Atica. Argos tocó en suerte á Temeno, y la Mesenia á Cresfonte. Euristeno y Proclo, hijos de Aristodemo, muerto en el principio de la expedicion, reinaron en Lacedemonia.

Poco tiempo despues los vencedores atacaron á Codro, rey de Atenas, que habia dado asilo á sus enemigos. Este principe habiendo entendido que el oráculo prometia la victoria al ejército que perdiese á su general en la batalla, se expuso voluntariamente á la muerte, y de tal modo inflamó este sacrificio á sus tropas, que pusieron en huida á los Heraclides.

Aquí es donde se acaban los siglos llamados heróicos, y donde es preciso colocarse para conocer el espíritu, y entrar en los pormenores, que apenas permite indicar el curso rápido de los sucesos.

#### REFLEXIONES SOBRE LOS SIGLOS HEROICOS.

Antiguamente no se veian en la Grecia mas que monarquías; y el dia de hoy casi toda ella está gobernada por repúblicas. Los primeros reyes no poseian mas de una ciudad, ó un cierto distrito: algunos extendieron su poder á costa de sus vecinos, y se formaron grandes Estados:

sus sucesores quisieron aumentar su autoridad con perjuicio de sus súbditos, y la perdieron.

Si no hubieran venido á Grecia mas colonias que la de Cécrope, los Atenienses, mas ilustrados, y por tanto mas poderosos que los otros salvages, los hubieran sujetado poco á poco; y la Grecia no hubiera formado mas que un gran reino, que subsistiria el dia de hoy como los de Egipto y de Persia. Pero las diversas colonias venidas de Oriente la dividieron en muchos Estados; y los Griegos todos adoptaron el gobierno monárquico, pues los que los civilizaron no conocian otros; porque es mas facil sujetarse á la voluntad de un hombre solo, que á la de muchas cabezas; y porque la idea de obedecer y mandar á un mismo tiempo, de ser juntamente súbdito y soberano, supone muchos conocimientos y combinaciones para que pueda ser percibida en la infancia de los pueblos.

Los reyes ejercian las funciones de pontifice, de general y de juez: su poder, que trasmitian á sus sucesores, era muy extenso, pero sin embargo templado por un consejo cuyo parecer tomaban, y cuyas decisiones comunicaban á la asamblea general de la nacion.

Algunas veces, despues de una larga guerra, los dos pretendientes del trono, ó los dos guerreros que ellos habian escogido, se presentaban con las armas en la mano, y el derecho de gobernar



los hombres pendia de la fuerza ó destreza del vencedor.

El soberano para sostener el esplendor de su clase, además de los tributos puestos sobre el pueblo, poseía un dominio que había recibido de sus mayores, el cual aumentaba con sus conquistas y algunas veces con la generosidad de sus amigos. Teseo, desterrado de Atenas, no tuvo otro recurso que los bienes que su padre le había dejado en la isla de Esciros. Los Etolios, estrechados por un enemigo poderoso, prometieron á Meleagro, hijo de Eneo su rey, un terreno considerable si quería combatir á su frente.

La multitud de ejemplos no permite citar á los príncipes, que debieron una parte de sus tesoros á la victoria ó á la gratitud; pero lo que se debe notar es, que se gloriaban de los dones que habían obtenido, porque los dones se miraban como precio de un beneficio, ó símbolo de la amistad, y así era honroso recibirlos, y vergonzoso no merecerlos.

Nada daba mas brillo á la clase suprema, y estímulo al valor que el espíritu de heroísmo: nada había mas conforme á las costumbres de la nación, que eran por toda ella las mismas. El carácter de los hombres se componía entonces de un corto número de rasgos sencillos, pero expresivos, y fuertemente expresados. El arte no había prestado todavía sus colores á

la obra de la naturaleza. De este modo los particulares debían diferenciarse entre sí, y ser parecidos los pueblos.

Los cuerpos naturalmente robustos, se hacían aun mas con la educación: las almas sin artificio ni ficción eran activas, emprendedoras, amando ú aborreciendo hasta el exceso, si empujadas por los sentidos, y siempre prontas á evadirse. La naturaleza menos violentada en los que tenían el poder, se desenvolvía en ellos con mas energía que en el pueblo. Repelían la ofensa con el ultraje ó con la fuerza, y mas débiles en el dolor que en los infortunios (si es que se puede llamar debilidad el parecer sensible), lloraban por una afrenta de la cual no podían vengarse. Benignos y condescendientes cuando se tenía atención con ellos, impetuosos y terribles cuando se les faltaba en esto, pasaban desde la mayor violencia á los mas grandes remordimientos, y reparaban su falta con la misma sencillez que la confesaban. En fin, como los vicios y las virtudes se manifestaban á las claras y sin rodeos, los príncipes y los heroes eran abiertos y claramente codiciosos, ansiosos de gloria, de preeminencias y de placeres.

Estos corazones varoniles y altivos, no podían experimentar movimientos lánguidos. Los agitaban á un mismo tiempo dos grandes pasiones, el amor y la amistad; pero con esta dife-



rencia, que el amor era para ellos una llama devoradora y pasagera, y la amistad un calor vivo y continuo. La amistad producía acciones que se miran hoy como prodigios, y entonces eran tenidas por obligaciones. Cuando Orestes y Pilades querían morir el uno por el otro, no hacían sino lo que otros muchos heroes habían hecho antes que ellos. El amor, violento en sus arrebatos, y cruel en zelos, tenía á menudo funestas consecuencias. La hermosura tenía sobre los corazones dotados mas bien de sensibilidad que de ternura, un imperio superior á las calidades que la adornan. Ella hacia el ornato de aquellas soberbias fiestas, que daban los príncipes cuando contraían alguna alianza: allí se reunían con los reyes y guerreros, princesas cuya presencia y cuyos zelos eran un manantial de divisiones y de desgracias.

En las bodas de un rey de Larisa, unos jóvenes de Tesalia, conocidos con el nombre de Centauros, insultaron á las compañeras de la joven reina, y perecieron á manos de Teseo y de muchos heroes que en esta ocasion tomaron á su cargo la defensa de un sexo, que habían ultrajado mas de una vez.

Las bodas de Tetis y de Peleo fueron turbadas por las pretensiones de algunas princesas, que disfrazadas como era uso, con los nombres de

Juno, de Minerva, y de otras diosas, aspiraban al premio de la belleza.

Habia otra clase de espectáculo que reunía los príncipes y los heroes, que eran los funerales de un soberano, al cual concurrían de todas partes haciendo ostentacion de su magnificencia y de su destreza en los juegos que se celebraban para honrar su memoria. Se daban los juegos sobre un sepulcro, porque el dolor no tenía necesidad de otra decencia. Aquella delicadeza que desprecia todo consuelo, es en el sentimiento un exceso ó una perfeccion que no era todavía conocida: mas lo que se sabía era derramar lágrimas sencillas, suspenderlas cuando la naturaleza lo ordenaba, y volverlas á verter cuando el corazón se acordaba de lo que había perdido. « Algunas veces me encierro « en mi palacio, dice Menelao en Homero, para « llorar aquellos amigos míos que perecieron « bajo los muros de Troya. » Esto habiendo pasado diez años despues de su muerte.

Los heroes eran á un mismo tiempo injustos y religiosos. Cuando por una casualidad, por odio particular, ó por una defensa legitima habían matado á alguno, se estremecían de la sangre que acababan de verter; y dejando su trono ó su patria, iban á tierras lejanas á buscar el socorro de la expiacion. Despues de los sacrificios necesarios para obtenerla, se derramaba sobre



la mano culpable el agua destinada á purificarla; y desde este momento entraba otra vez en la sociedad, y se preparaba á nuevos combates.

El pueblo sorprendido con esta ceremonia, no lo quedaba menos con el exterior amenazador que estos heroes presentaban siempre. Los unos llevaban sobre sus hombros los despojos de los tigres y leones que habian matado. Otros se dejaban ver con pesadas mazas, ó armas de diversas especies quitadas á los salteadores de quienes habian librado á la Grecia.

Con este aparato se presentaban para obtener los derechos de la hospitalidad: derechos peculiares hoy á ciertas familias, y comunes entonces á todas. A la voz de un extranjero se abrian todas las puertas, y se prodigaban todos los obsequios; y para rendir á la humanidad el mas hermoso de todos los homenajes, no se informaban de su estado ni de su nacimiento hasta despues de haber satisfecho sus necesidades. No debian los Griegos á los legisladores esta institucion sublime; la debian á la naturaleza cuyas luces vivas y profundas llenaban el corazon del hombre, y que todavia no se han apagado, pues que nuestro primer movimiento es el de estimacion y confianza en nuestros semejantes, y que la desconfianza seria mirada como un vicio enorme, si no la hubiera con-

vertido casi en virtud la experiencia de tantas perfidias.

Sin embargo se vieron crímenes atroces é inauditos en los siglos en que brillaban tan grandes ejemplos de humanidad; pero semejantes crímenes y prevaricaciones eran efectos de la ambicion y de la venganza: pasiones desenfrenadas, que segun la diferencia de condiciones y tiempos, empleaban ya las maniobras sordas, ya la fuerza abierta para llegar á sus fines. Otras no debieron su origen sino á la poesia, que en sus pinturas altera tanto los hechos históricos como los naturales. Los poetas, dueños de nuestros corazones como esclavos de su imaginacion, ponen sobre la escena los principales personajes de la antigüedad, y por algunas noticias que se han librado de la voracidad del tiempo, establecen caracteres, que varian ó contraponen segun necesitan, y cargándolos algunas veces de colores horrorosos, trasforman las flaquezas en crímenes, y los crímenes en atrocidades. Nosotros detestamos á aquella Medea que trajo Jason de la Cólquide, y cuya vida, se dice, no fué mas que una cadena de horrores. Acaso no tuvo otra magia que sus gracias, ni otro crimen que su amor; y quizá la mayor parte de aquellos principes, cuya memoria está hoy cubierta de oprobio, no fueron mas culpables que Medea.



No era la barbarie la que reinaba mas en los siglos remotos; era una cierta violencia de caracter, que continuamente se hacia traicion á sí misma á fuerza de obrar á las claras. Pero á lo menos podia uno prevenirse contra un odio que se anunciaba por la cólera, y contra las pasiones, que avisaban antes cuales eran sus proyectos. ¿Pero cómo libertarse el dia de hoy de crueldades meditadas, ni de odios disimulados y bastante pacientes para aguardar el momento de la venganza? El siglo verdaderamente bárbaro no es aquel en que hay mas impetuosidad en los deseos, sino aquel en que se halla mas falsedad en el corazon.

Ni la clase ni el sexo dispensaban de los cuidados domésticos, que dejan de ser viles cuando son comunes á todos los Estados, se les asociaba algunas veces con los talentos agradables, como eran la música y el baile; y mas todavía con los placeres tumultuosos, como la caza y los ejercicios que mantienen ó desenvuelven la fuerza del cuerpo.

Las leyes eran pocas y sencillas, porque habia menos necesidad de decretar sobre la injusticia que sobre el insulto, y de reprimir las pasiones en su ímpetu, que perseguir los vicios en sus subterfugios.

Las grandes verdades morales descubiertas desde luego por aquel instinto admirable que

inclina el hombre al bien, fueron confirmadas muy pronto en su estimacion por la utilidad que le resultaba de su práctica. Entonces se propuso por motivo y por recompensa de la virtud, no tanto la satisfaccion del alma, cuanto el favor de los dioses, la estimacion pública y la veneracion de la posteridad. La razon no se replegaba todavía sobre sí misma para sondear la naturaleza de las obligaciones, y sujetarlas á aquellas análisis que sirven ya para confirmarlas, ó ya para destruirlas. Solamente se sabia que en todas las circunstancias de la vida es ventajoso dar á cada uno lo que le toca; y siguiendo este instinto del corazon, las almas buenas se abandonaban á la virtud, sin hacer caso de los sacrificios que exigia.

Dos especies de conocimientos ilustraban á los hombres, la tradicion cuyos intérpretes eran los poetas, y la experiencia que los ancianos habian adquirido. La tradicion conservaba algunos vestigios de la historia de los dioses y de los hombres. De aquí nacia la consideracion de que gozaban los poetas, encargados de recordar en los festines y en las ocasiones de lucimiento estos hechos interesantes, de adornarlos con los encantos de la música, y de engalanarlos con ficciones que lisonjeaban la vanidad de los pueblos y de los reyes.

La experiencia de los ancianos suplía por la



lenta experiencia de los siglos, y reduciendo los ejemplos á principios, hacia conocer los efectos de las pasiones, y los medios de reprimirlas. De aquí nacia aquella estimacion que se tenia á la ancianidad, que la señalaba los primeros asientos en las asambleas de la nacion, y que apenas concedia á los jóvenes la permission de preguntarla.

La extrema vivacidad de las pasiones daba un precio infinito á la prudencia; y la necesidad de instruirse al talento de la palabra.

Entre todas las calidades del espíritu, la imaginacion fué la primera que se cultivó, porque es la que antes se descubre en la infancia de los hombres y de los pueblos, y porque entre los Griegos principalmente el clima que habitaban, y las alianzas que formaron con los Orientales, contribuyeron á desenvolverla.

En Egipto, donde el sol es siempre abrasador, donde los vientos, las crecidas del Nilo, y los demás fenómenos están sujetos á un orden constante, donde la estabilidad y uniformidad de la naturaleza parece que prueban su eternidad, la imaginacion lo aumentaba todo; y lanzándose por todas partes en lo infinito, llenaba al pueblo de admiracion y de respeto.

En la Grecia, donde el cielo, turbado algunas veces con tempestades, casi siempre centellea con una luz pura; donde la diversidad de

aspectos y de estaciones ofrece sin cesar contrastes sorprendentes; donde á cada paso y á cada instante se presenta la naturaleza en accion, porque siempre se diferencia de si misma, la imaginacion; mas rica y mas activa que en Egipto, lo engalanaba todo, y derramaba sobre todas las operaciones del espíritu un calor tan apacible como fecundo.

De esta suerte los Griegos salidos de sus bosques, no vieron ya los objetos bajo de un velo espantoso y sombrío, y de la misma manera los Egipcios trasladados á la Grecia, dulcificaron poco á poco los rasgos severos y arrogantes de sus cuadros. No haciendo unos y otros mas que un pueblo, se formaron un lenguaje brillante en expresiones figuradas, pintaron sus antiguas opiniones con colores que alteraban su sencillez, pero que las hacian mas seductoras; y como creyeron vivos todos los seres que tenian movimiento, y atribuian á otras tantas causas particulares los fenómenos cuyo enlace no conocian, fué á sus ojos el universo una decoracion magnífica, cuyos resortes se movian al arbitrio de una infinidad de agentes invisibles.

Entonces fué cuando se formó aquella filosofia, ó mas bien aquella religion que subsiste todavía entre el pueblo: mezcla confusa de verdades y de mentiras; de tradiciones respetables y de ficciones alegres: sistema que adula los senti-



dos é irrita á la razon : que respira placer preconizando la virtud , y del cual se hace preciso dar una idea ligera , porque en él se ve el caracter del siglo en que tuvo su principio.

¿Qué poder sacó al universo del caos? El Ser infinito , la luz pura , el origen de la vida : démosle el mas hermoso de sus titulos , el Amor mismo , aquel Amor cuya presencia restablece en todo la armonia , y al cual atribuyen su origen los hombres y los dioses.

Estos seres inteligentes se disputaron el imperio del mundo ; pero abatidos los hombres en estos combates terribles , quedaron para siempre sujetos á sus vencedores.

Multiplicóse el linage de los inmortales como el de los hombres. Saturno , nacido del comercio del cielo con la tierra , tuvo tres hijos que se repartieron el dominio del universo : Júpiter reina en el cielo , Neptuno en el mar , Pluton en los infiernos , y los tres en la tierra : todos tres están rodeados de una multitud de divinidades encargadas de ejecutar sus órdenes.

Júpiter es el mas poderoso de los dioses , porque lanza el rayo , y su corte es la mas brillante de todas ; pues es la mansion de la luz eterna , y debe serlo de la felicidad , puesto que todos los bienes de la tierra vienen del cielo.

Se implora á las divinidades de los mares y de los infiernos en ciertas ocasiones : á los dioses

celestiales en todos los lugares y en todos los momentos de la vida. Estos exceden á los otros en poder ; pues están sobre nuestras cabezas , mientras los otros moran á nuestro lado y bajo nuestros pies.

Los dioses distribuyen á los hombres la vida , la salud , las riquezas , la sabiduría y el valor. Nosotros les acusamos de que son los autores de nuestros males , pero ellos nos reprenden de que somos infelices por culpa nuestra. Pluton es odioso á los mortales , porque es inflexible. Los demas dioses se dejan mover por nuestras súplicas , y sobre todo , por nuestros sacrificios , cuyo olor es para ellos un perfume delicioso.

Si tienen sentidos como nosotros , deben tener las mismas pasiones. La hermosura causa en su corazon la misma impresion que en el nuestro , y se les ha visto muchas veces buscar en la tierra placeres que se hacian mas apetitosos con el olvido de la grandeza , y la sombra del misterio.

No pretendieron los Griegos degradar la divinidad con este conjunto extravagante de ideas. Acostumbrados á juzgar por sí mismos de todos los seres vivientes , atribuian sus flaquezas á los dioses , y sus sentimientos á los animales , sin pretender abatir á los primeros , ni ensalzar á los segundos.

Quando quisieron formarse una idea de la felicidad celeste , y del cuidado que allí se tiene



del gobierno del universo, miraron al rededor de sí, y dijeron :

Un pueblo es dichoso sobre la tierra, cuando pasa los dias en regocijos; y un soberano cuando reúne á su mesa á todos los principes y princesas que reinan en los países vecinos, y las jóvenes esclavas perfumadas con espíritus sirven el vino en abundancia, al mismo tiempo que los diestros cantores mezclan y acordan sus voces con la lira: del mismo modo en los convites frecuentes que reúnen á los habitantes del cielo, la juventud y la belleza, significadas en las hermosas facciones de Hebe, distribuyen el nectar y ambrosia; los cantos de Apolo y de las Musas hacen resonar las bóvedas del Olimpo, y brilla en todos los semblantes la alegría.

Algunas veces junta Júpiter á los inmortales al rededor de su trono: ventila con ellos los intereses de la tierra, del mismo modo que un soberano trata de los intereses de sus Estados con los grandes de su reino. Proponen los dioses diversos pareceres, y mientras los defienden con calor, pronuncia Júpiter, y todos enmudecen.

Autorizados por él los dioses dan movimiento al universo, y son los autores de los fenómenos que nos pasman.

Una joven diosa abre todas las mañanas las puertas del oriente, y derrama por los aires la frescura, las rosas por el campo, y rubies por

el camino del sol. A este anuncio despierta la tierra, y se dispone á recibir al dios que la dá cada dia una nueva vida: aparece, y se muestra con la magnificencia que conviene al soberano de los cielos: su carro, conducido por las Horas, vuela, y se interna en el espacio inmenso, que llena de llamas y de luz. Luego que llega al palacio de la soberana de los mares, la Noche, que sigue eternamente sus huellas, extiende su tenebroso manto, y cuelga un sin número de lámparas en la bóveda celeste. Entonces se levanta otro carro cuya claridad apacible y consoladora inclina los corazones sensibles á la meditacion: le conduce una diosa, y viene en silencio á recibir los tiernos homenajes de Endimion. Ese arco brillante con tan ricos colores, que se tiende de un punto á otro del horizonte, es la señal luminosa del pasage de Iris, que lleva á la tierra las órdenes de Juno. Esos vientos apacibles, y esas tempestades horrorosas son genios que ya juguetean en los aires, ó ya luchan entre sí para levantar las ondas. Al pie de este ribazo hay una gruta, asilo de la frescura y de la paz: allí es donde una ninfa benéfica vierte de su urna inagotable el arroyo que fertiliza la vecina llanura, y allí es donde ella escucha los votos de la joven belleza, que viene á contemplar sus atractivos en la onda fugitiva. Entrad en ese bosque sombrío; ni el silencio ni la soledad es lo que ocu-



pa vuestro espíritu: estais en la mansion de las Driades y Silvanos; y ese secreto espanto que experimentais es efecto de la magestad divina.

A cualquiera parte que volvamos nuestros pasos, estamos en presencia de los dioses: los hallamos dentro y fuera de nosotros mismos: se repartieron el imperio de las almas, y dirigen nuestras inclinaciones. Unos presiden á la guerra, y á las artes de la paz: otros nos inspiran el amor de la sabiduría ó el de los placeres: todos aman la justicia, y protegen la virtud: treinta mil divinidades derramadas entre nosotros, velan continuamente sobre nuestros pensamientos y acciones. Cuando obramos bien, el cielo aumenta nuestros dias y nuestra felicidad, y nos castiga cuando obramos mal. A la voz del crimen, Nemesis y las negras Furias salen braman-do del fondo de los infiernos: se introducen en el corazon del reo, y le atormentan de dia y de noche con ahullidos fúnebres y penetrantes. Estos son los remordimientos. Si el malvado no cuida antes de su muerte de apaciguarlas con ceremonias santas, las Furias enclavadas en su alma como en su presa, la arrastran á los abismos del Tártaro; porque se debe advertir, que los antiguos Griegos estaban generalmente persuadidos de la inmortalidad del alma.

La idea que, siguiendo á los Egipcios, se formaban de esta sustancia tan poco conocida,

era de este modo: el alma espiritual, es decir, el espíritu ó el entendimiento está envuelto en una alma sensitiva, que no es otra cosa que una materia luminosa y sutil, imagen fiel de nuestro cuerpo, sobre el cual ella se ha modelado, y cuya semejanza y dimensiones conserva siempre. Estas dos almas están estrechamente unidas mientras vivimos, la muerte las separa; y mientras que el alma espiritual sube á los cielos, la otra guiada por Mercurio, vuela á las extremidades de la tierra, donde están los infiernos, el trono de Pluton y el tribunal de Minos. Abandonada de todo el universo, y no teniendo en favor suyo mas que sus acciones, comparece el alma ante este tribunal temible: oye su sentencia, y va ó á los Eliseos, ó al Tártaro.

Los Griegos, que no habian fundado la felicidad de los dioses mas que sobre placeres sensuales, no pudieron imaginar para los campos Eliseos otros bienes, que un clima delicioso, y una tranquilidad profunda, pero uniforme: débiles ventajas que no impedian á las almas virtuosas suspirar por la luz del dia, y echar menos sus pasiones y sus placeres.

El Tártaro es la mansion de los llantos y de la desesperacion. Los culpados son atormentados allí de un modo espantoso: les despedazan las entrañas buitres crueles, y ruedas ardientes los arrastran al rededor de su eje. Allí es donde



Tántalo espira de hambre y sed á cada instante en medio de una agua pura, y debajo de árboles cargados de fruta, en donde las hijas de Danao están condenadas á llenar un tonel de agua, que se les va al momento; y Sisifo á fijar en lo alto de un monte un peñasco que sube con trabajo, y que estando ya para llegar al término, vuelve á caer por sí mismo. Necesidades insufribles, y siempre irritadas con la presencia de los objetos propios para satisfacerlas: trabajos siempre los mismos, y eternamente infructuosos..... ¡qué suplicios! La imaginacion que los inventó, habia agotado todas las sutilezas de la barbarie, para preparar castigos al crimen, mientras que no concedia en recompensa á la virtud mas que una felicidad imperfecta, y emponzoñada con pesares. ¿Seria esto porque se juzgase mas util conducir á los hombres por el temor del castigo, que por el atractivo del placer; ó mas bien porque sea mas facil multiplicar las imágenes de la desdicha que las de la felicidad?

Este informe sistema de religion enseñaba un corto número de dogmas esenciales á la tranquilidad de las sociedades, como son: la existencia de los dioses, la inmortalidad del alma las recompensas de la virtud, y el castigo del vicio: prescribia ademas prácticas que podian contribuir á mantener estas verdades, como

las fiestas y los misterios: presentaba á la política medios poderosos para sacar provecho de la ignorancia y credulidad del pueblo, como los oráculos, el arte de los agoreros y adivinos: dejaba en fin á cada uno la libertad de escoger entre las tradiciones antiguas, y de añadir sin cesar nuevas menudencias á la historia y genealogía de los dioses: de suerte, que teniendo la imaginacion libertad para crear hechos, y alterar con prodigios los que ya eran conocidos, esparcia continuamente sobre sus cuadros el interes de lo maravilloso; aquel interes que es tan frio á los ojos de la razon, pero tan encantador para los niños, y para los pueblos cuando están en su infancia. Las relaciones de un viajero á sus huéspedes, de un padre de familia á sus hijos, de un cantor en las diversiones de los reyes, se enredaban ó desenredaban con la intervencion de los dioses; y el sistema de la religion se iba haciendo insensiblemente un sistema de ficciones y de poesía.

Al mismo tiempo las falsas ideas que se tenían sobre la fisica, enriquecian la lengua con un monton de imágenes. El hábito de confundir el movimiento con la vida, y la vida con la sensacion: la facilidad de unir ciertas relaciones que los objetos tienen entre sí, hacian que los seres mas insensibles tomasen en el discurso una alma ó propiedades que no les convenia.



La espada se decia sedienta de la sangre del enemigo: la flecha que vuela, impaciente por derramarla: se daban alas á cuanto hiende los aires, al rayo, á los vientos, á las flechas, al sonido de la voz. La aurora tenia dedos de rosa: el sol trenzas de oro: Tetis pies de plata. Todas estas metáforas causaron admiracion, sobre todo en su principio; y el lenguaje vino á hacerse poético, como lo son todos en su origen.

Tales eran poco mas ó menos los progresos del espíritu entre los Griegos, cuando Codro sacrificó su vida por la salud de su patria. Conmovidos los Atenieses con este rasgo de grandeza, abolieron el título de rey: dijeron que Codro le habia elevado á tal altura, que en adelante seria imposible igualarle. En consecuencia reconocieron á Júpiter por su soberano; y habiendo puesto á Medon, hijo de Codro, al lado del trono, le llamaron arconte\*, ó gefe perpetuo, obligándole sin embargo á dar al pueblo cuenta de su administracion.

Los hermanos de este principe se habian opuesto á su eleccion; pero cuando la vieron confirmada por el oráculo, quisieron mas bien irse á tierras extrañas á buscar mejor fortuna, que fomentar en su patria un principio de divisiones intestinas.

\* En 1092 antes de J. C.

### ESTABLECIMIENTO DE LOS JONIOS EN LA ASIA MENOR.

La Atica y los países que la rodean estaban entonces sobrecargados de habitantes. Las conquistas de los Heraclides habian hecho refluir á esta parte de la Grecia la nacion entera de los Jonios, que ocupaban antes doce ciudades en el Peloponeso. Estos extrangeros gravosos á los lugares que les servian de asilo, y muy próximos á los que habian dejado, suspiraban por una mudanza que les hiciese olvidar sus desgracias. Los hijos de Codro les indicaron mas allá de los mares las ricas campiñas que terminan el Asia, á la parte opuesta de la Europa, de las cuales una parte estaba ya ocupada por aquellos Eolienses, á quienes en otro tiempo habian echado del Peloponeso los Heraclides.

Sobre los confines de la Eolida habia un país fértil, situado en un clima admirable, y habitado por bárbaros que los Griegos comenzaban á despreciar. Los hijos de Codro habiéndose propuesto conquistarle, fueron seguidos por un gran número de hombres de toda edad y país. Los bárbaros hicieron muy poca resistencia, y la colonia se halló luego en posesion de otras tantas ciudades como habia dejado en el Peloponeso; y estas ciudades, entre las cua-